

Investigar la comunicación en los noventa: las perspectivas mexicanas



Los acelerados cambios y las espectaculares transformaciones –y reafirmaciones– que se han sucedido en los últimos años a nivel mundial en las macroestructuras económicas, políticas y culturales, han planteado un desafío de enormes proporciones a ese pequeño sector de la humanidad que ha optado por desempeñar la función de entender y explicar a otros lo que acontece, cómo y por qué.

Gracias a la rápidamente creciente capacidad de cobertura de los sistemas informativos y a la cada día mayor interrelación entre los diversos ámbitos, escalas y dimensiones de la vida de los individuos, de los grupos y de las naciones, la capacidad de entender el mundo tiene implicaciones cada vez más inmediatamente prácticas. Por ello puede pensarse que la múltiple variación de las formas de interacción sociocultural tendrá una trascendencia cada vez mayor.

La comunicación, como concepto global para nombrar la interrelación entre sujetos sociales y el intercambio, creación e imposición de *sentidos* por diversos medios y en todos los órdenes de la existencia, va cobrando una mayor importancia en la conciencia social. Modernidad o postmodernidad aparte, la comunicación se nos impone como efecto y como causa, como instrumento y como ingrediente indispensable de cualquier práctica sociocultural. Entender la comunicación es cada vez más necesario para entender el mundo.

Este planteamiento, aun en versiones mucho mejor articuladas, no es en absoluto un discurso novedoso. Por lo menos

desde los años cincuenta es un tópico reiteradamente frecuentado, casi siempre en tono ricamente polémico, por filósofos, ensayistas, novelistas, publicistas, analistas políticos y culturales y hasta por científicos sociales. La comunicación ha estado presente en libros y revistas académicas, pero también en los periódicos y en la televisión. En buena medida por ello, “estudiar comunicación” se convirtió –no sólo en México– en una opción de moda para miles de universitarios, deseosos de seguir una carrera “con mucho futuro”.

Y sin embargo, el conocimiento sistemático acumulado sobre la comunicación en los últimos cuarenta o cincuenta años no es ni con mucho suficiente para entenderla ni para, a través de ella, entender el mundo contemporáneo. Ideologías simplificadoras aparte, la tarea de fundamentar *teóricamente* el estudio de la comunicación conserva su pertinencia y necesidad: sus avances están todavía lejos de alcanzar su objeto. Y si esto es cierto en los países “desarrollados”, lo es por una doble razón en los dependientes; según Jesús Martín-Barbero:

Cargada tanto por los procesos de transnacionalización como por la emergencia de sujetos sociales e identidades culturales nuevas, la comunicación se está convirtiendo en un espacio estratégico desde el cual pensar los bloqueos y las contradicciones que dinamizan estas sociedades-encrucijada; a medio camino entre un subdesarrollo acelerado y una modernización compulsiva.¹

* Maestría en Comunicación ITESO-Guadalajara, Jal.

¹ Martín-Barbero, Jesús. *De los Medios a las Mediaciones*. México, Gustavo Gili, Mass Media, 1987, p. 203.

En este marco podemos encuadrar el trabajo que hemos venido realizando en los últimos años para analizar las condiciones en que se ha desarrollado el estudio de la comunicación en México. A diferencia de algunos colegas que han abordado el tema desde la epistemología o desde el análisis ideológico, nosotros hemos partido de una sistematización documental de lo que se ha expuesto en nuestro país, a partir de los años cincuenta, como aportación al conocimiento sistemático de la comunicación.² Trabajando con una "muestra" de alrededor de mil documentos y cerca de mil quinientas tesis, trazamos un panorama descriptivo de la investigación de la comunicación mexicana, que se resume en las siguientes características:

1) Es una actividad de desarrollo muy reciente: casi el 60% de los documentos y tesis están fechados en la década de los ochenta;

2) su ejercicio ha estado extremadamente centralizado y concentrado: casi la mitad de los estudios referidos a una región específica del país lo están a la capital, mientras que un tercio de los estados están absolutamente ausentes. Más del 85% de los trabajos fueron publicados o presentados en la ciudad de México. El 56% de las tesis ha sido elaborado en sólo dos universidades, ambas en el Distrito Federal: la Iberoamericana y la UNAM (FCPyS);

3) la investigación de la comunicación se identifica con el estudio de los medios, lo cual no deja de ser un sesgo reduccionista: dos de cada tres trabajos se refieren a ellos;

4) más de la mitad de los estudios parecen estar orientados por la búsqueda de aplicaciones prácticas o instrumentales inmediatas de la comunicación y de los medios;

5) hay una gran dispersión teórico-metodológica, pues aunque predominan (31.3%) los enfoques sociológicos, no puede encontrarse suficiente homogeneidad metodológica entre ellos como para hablar de una sociología de la comunicación. Más bien se constata una sucesión de "modas" relativamente efímeras;

6) la escala a la que están realizados dos de cada cinco estudios es demasiado amplia: abundan los planteamientos "nacionales" y las consideraciones sobre los medios "en general";

7) siguiendo una tradición de las ciencias sociales latinoamericanas, la investigación mexicana de la comunicación ha minimizado el trabajo empírico: no más del 40% de los trabajos se basan en un esfuerzo sistemático de recolección de datos concretos;

8) se puede constatar una búsqueda generalizada de pertinencia de la investigación con respecto a las "realidades" nacionales y un claro predominio de orientaciones críticas ante el orden social y comunicacional vigente.

Esta caracterización, aquí muy resumida, se refiere sobre todo a la investigación "académica" de la comunicación, es decir, la que se realiza principalmente en las universidades, sin fuentes especiales de financiamiento, una muy escasa vinculación con las decisiones que conforman el panorama comunicacional mexicano y sujeta, obviamente, a las condiciones



generales de crisis del sistema educativo nacional. Son todavía pocos los investigadores calificados que pueden dedicarse de tiempo completo a la investigación; los avances del campo han descansado en buena medida en esfuerzos extraordinarios de profesores y profesionales desprovistos en la mayoría de los casos de las condiciones idóneas para el trabajo científico. Por eso, como lo hemos señalado en otro texto³, ante el sinnúmero de limitaciones que hace ver la revisión de los productos, podríamos asumir que cada investigador deficientemente capacitado es responsable de sus dificultades y de su incompetencia para resolverlas, pero cuando la mayor parte de los investigadores sufre de las mismas debilidades, tenemos una situación que necesariamente hay que enfocar estructuralmente.

Postulamos, en consecuencia, que la investigación de la comunicación en México ha estado sujeta a una *triple marginalidad*, lo cual significa que dentro de la investigación en ciencias sociales, la de la comunicación es todavía una especialidad marginada; que las ciencias sociales guardan una posición análoga dentro de la investigación científica en general, y que esta última, finalmente, es a su vez marginal entre las prioridades del desarrollo nacional. Las cifras que sustentan esta argumentación, a pesar del Sistema Nacional de Investigadores y otros apoyos, son desgraciadamente más elocuentes hoy que hace cinco o diez años.

² Fuentes Navarro, Raúl. *La Investigación de Comunicación*, Ediciones de Comunicación, 1988.

³ Fuentes Navarro, Raúl y Sánchez Ruiz, Enrique E. *Algunas Condiciones para la Investigación Científica de la Comunicación en México*. Guadalajara, ITESO, Colección Huella no. 17, 1989.

Las ciencias nacientes –antes las psicológicas y las sociológicas, ahora las comunicativas– son más ricas de intereses que de certezas. La pregunta por el “estado actual” es el reconocimiento de que todavía se está a la búsqueda de la identidad. Tiene sentido cuando permite reflexionar sobre los orígenes y no cuando cierra la interrogación con un balance de lo hecho. Probablemente, en algún lugar de lo hasta ahora pensado se encuentren ya los gérmenes de la futura identidad de las ciencias de la comunicación; pero no necesariamente en los desarrollos más aceptados⁶.

Más que como un diagnóstico, entonces, entendemos nuestro trabajo como una propuesta de base para la reflexión y la discusión colectiva; como una contribución –comunicativa– a la búsqueda comunitaria de las mejores formas de entender, y explicar a otros, la comunicación.

Suponemos que hoy en día podría encontrarse consenso en que las prácticas de investigación de la comunicación y el campo en gestación que constituyen, deben desarrollarse superando condiciones y limitaciones estructurales ubicadas en diversas dimensiones y niveles: es necesario enfrentar problemas epistemológicos, teórico-metodológicos y técnico-instrumentales; económicos, políticos y culturales; sociales, institucionales e interpersonales; ideológicos, temporales, referenciales, coyunturales; de apoyo técnico, legitimidad social y profesional. En síntesis, “hay que hacerlo todo y hay que hacerlo todos” para producir conocimiento sistemático y pertinente sobre la comunicación. Porque esto se ha ido haciendo así, desde hace más de treinta años, es que la investigación de la comunicación en México tiene ya algún presente y cada vez más futuro.

Los sistemas comunicativos e informativos y sus multidimensionales relaciones con los sistemas económicos, políticos y culturales tanto globales como regionales y locales, han estado cambiando muy radicalmente, y lo seguirán haciendo. En México, como en otros países dependientes, los imperativos científicos-epistemológicos y ético-políticos de la investigación de la comunicación son dobles: no sólo es necesario entender lo proveniente de los países hegemónicos sino también lo que, desde la base de nuestra propia identidad, media nuestra posición en el mundo. De ahí la importancia de afinar y extender los criterios de *pertinencia social* del trabajo académico que, como se señalaba atrás, han sido una constante entre las preocupaciones de los investigadores de la comunicación mexicana y latinoamericana en general.

La consolidación del sentido comunitario en la investigación de la comunicación tiene también un componente práctico. Es claro que los recursos han sido y seguirán siendo insuficientes para su desarrollo, tanto en lo humano como en lo técnico y lo financiero. La experiencia de los proyectos cooperativos –institucionales e incluso internacionales– para el diseño, levantamiento de datos, interpretación y difusión de resultados e investigación, ha hecho evidente no sólo que esa es la única manera viable de abordar ciertos propósitos sino que los

efectos de la colaboración se extienden más allá de los proyectos concretos.

En los noventa probablemente las confluencias en los procesos de generación de conocimiento sobre la comunicación se extenderán también a otras esferas del campo, especialmente la de la enseñanza universitaria y la de los ejercicios profesionales, cuya desvinculación de las actividades de investigación ha llegado a alcanzar grados alarmantes, en perjuicio de todo el ámbito nacional de la comunicación.

En otro sentido, parece irreversible el proceso de descentralización que la investigación de la comunicación ha sufrido desde mediados de los ochenta. Aunque está lejos todavía un “equilibrio” de recursos y de producción en las diversas regio-



nes del país, las contribuciones provenientes de algunos estados han aumentado considerablemente en cantidad y en calidad, desahogando un poco la presión que se había acumulado sobre los investigadores y los centros de investigación ubicados en la capital para dar cuenta del panorama comunicativo *nacional*.

Finalmente, habrá que decir que, entre los desafíos y perspectivas de la investigación mexicana de la comunicación en los noventa, quizá la prioridad estará puesta en las condiciones que definen la *profesionalidad* de los investigadores: por un lado, la consolidación y ampliación de los apoyos laborales e institucionales necesarios para concentrar la dedicación a las tareas del desarrollo científico y académico; por otro, el incremento y reconocimiento de la calificación científica, especialmente en lo que corresponde a la solvencia metodológica de las investigaciones, aspecto que, hasta últimas fechas, ha sido particularmente descuidado.

Creemos que a partir de la consolidación de estas bases, es como podrán superarse los juegos de calificaciones y descalificaciones que han prevalecido al interior y desde el exterior de la comunidad de investigadores de la comunicación y, sobre todo, que podrá avanzarse en el mejor cumplimiento de la función social que, en última instancia, otorga sentido al trabajo científico: la generación de un conocimiento sistemático y riguroso, aplicable a la comprensión de la “realidad” comunicacional y cultural que vivimos, y al mismo tiempo pertinente a su transformación democrática. ◇

⁶ Martín Serrano, Manuel. “La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento”, en *Telos*, no. 22, Madrid, FUNDESCO, junio-agosto de 1990, p. 65.